

Hombre en las nubes

Francis Sánchez

— ¡DIABLOS! —EXCLAMÓ EL ARRIERO AL VERLO Y AZOTÓ LAS MULAS. AL ESTRÉPITO DE las bestias y las cantinas de leche que aplastaban los clavelones de los jardines, salieron varias mujeres con cuellos hinchados de sangre, dando chillidos y buscando por todas partes qué era aquello que podía espantar así al hombre y su arria, ¿toros?, ¿jabalíes?, hasta que el anciano despavorido volteó la cabeza para arriba en medio de su carrera y ellas lo imitaron. Al principio ninguna mujer veía bien, el sol les daba de frente y hacían visera con las manos, aunque no iba a pasar mucho tiempo sin que pudiera armarse en sus cabezas la idea horrible de una figura humana flotando desnuda en el cielo.

Quiso apartarse el sudor del rostro para mirar mejor al fondo de la escena, pero cuando iba a deslizar una mano por la frente sintió que todo su cuerpo se venía abajo como si aquella misma mano hubiera dejado de sostenerlo en el vacío. Devolvió instintivamente la mano a donde la había tenido un segundo antes, y entonces, sólo entonces, cayó en la realidad: volaba desnudo. Por más descabellada que le pareciera la idea, estaba allí, contra la ley de gravedad, contra su indomable deseo de dormir siempre las mañanas a pierna suelta, contra la diabetes y la insuficiencia cardíaca de su madre, contra todas las enfermedades hereditarias y todas las leyes, la Ley Nacional de Cooperativas y la Ley de la Compañía de Flora y Fauna, incluso contra su incredulidad cotidiana, el aburrimiento, el asco invariable por la vida ordinaria, chata, y contra los mareos y las ganas insoportables de vomitar: desnudo. Y no halló ni un chance para sentirse ofendido con lo grotesco de aquella situación o para darse un pellizco en la barbilla a ver si estaba soñando, pues al menor desacuerdo en la rotación de sus brazos empezaba a caer como una bola de carne muerta sobre los techos de fibrocemento y sobre las mujeres que iban de un portal a otro poniéndose las manos en la cabeza. Tenía que bracear sin pensarlo y bracear y seguir braceando ininterrumpidamente si quería mantenerse con vida.

Por su cuerpo contraído subió hasta sus ojos un golpe de electricidad que lo sumió casi en la oscuridad absoluta. Al sobreponerse a aquel estremecimiento, intuyó que era una reacción defensiva de sus nervios, como si hubieran ensayado en un segundo todo aquel esfuerzo sobrehumano que necesitaría desarrollar en lo adelante para sobrevivir. ¿Por qué desnudo? ¿Por qué precisamente iba a hacerse realidad el sueño de volar, si había tenido otros

sueños mucho más simples, inofensivos, que nunca tomaron forma? Pocas noches atrás había soñado que encontraba la dirección donde vivía su padre y se iba a vivir con él, y el padre le tenía hecho un cuarto en alto que parecía un palomar, con agujeros en el techo del tamaño de un puño por donde se veían las estrellas. ¿Alguien podía imaginarse locura más sencilla, algo más lejos de la complicación y la extravagancia de andar desnudo por encima de su vecindario provocando el terror de las viejas fregonas? Además, si aquello era sueño, no era suyo, o estaba hecho a la mitad, porque lo que se decía volar él no volaba. Más mal que bien pataleaba, se revolvió por encima de unos veinte metros de aire, y era una angustia insoportable lo que sentía, como si alguien estuviera empujándolo para que fuera a caerse directamente en las caras de la gente. ¡Qué distinto a aquellos otros sueños donde sí parecía un pájaro! ¡Planeaba a libre antojo y se movía a grandes velocidades sobre todas las cosas, sin esfuerzo, como una hoja de papel!

Allí estaban las amigas de su madre llamándola para que saliera a verlo, su casa, el techo de su casa bajo el que recordaba haber comido un plato de frijoles blancos la última vez antes de irse a la cama. Nada raro podía recordar de esa última noche; sin embargo, ahora veía sus recuerdos y cada objeto real en una dimensión que nunca hubiera imaginado. Por debajo pasaban los postes de la electricidad, la corbata de la foto del padre, los primeros escupitajos de sangre y la tos de su padrastro, las palmas y los corrales, como dibujos en el fondo de una piscina. «¿Qué hago aquí?», se dijo. Tenía la firme voluntad de asirse de su extrañamiento para ponerse a salvo. Era lo que acostumbraba hacer cuando sufría pesadillas. Envolvía una idea fija con su memoria y sus nervios hasta que lograba hacerla estallar, entonces despertaba. Lo intentó con todo su cuerpo. Ahora era muy distinto, no sabía, no veía cómo desviar sus fuerzas de la necesidad de mantenerse a flote para no explotar contra el suelo. En los casos en que se trataba de un sueño, siempre había tenido a mano un grupo de recuerdos fuertes para exprimir y hacer reventar su pensamiento. Ahora, por el contrario, sólo experimentaba algunos recuerdos flácidos y vagos, al punto de que apenas conseguía distinguirlos unos de otros con suficiente nitidez. Quizás un penetrante olor a puré de plátano y frijoles era lo más concreto que poseía de su vida anterior. «¿Qué hago...?», y en el acto lo embargó la certeza de que era una duda insulsa, desgastada, aunque ni siquiera alcanzaba a imaginarse un porqué. Quizás porque la duda había envejecido junto con él, o sólo porque dudar resultaba poco menos que inútil en su situación actual. No obstante, descubría cierto placer en verse a sí mismo separado de todas las cosas de allá abajo. Algo en su cuerpo le decía que debía estar agradecido de hallarse allí, aislado en aquella situación, caído dentro de un mecanismo que no sabía manejar. Disfrutaba sentir que no era parte de la tierra en derredor, comprobar cómo lograba poner más metros entre él y todas las cosas aquellas, los trillos de rocoso, el amasijo de techos de cartón y fibrocemento, el molino, el fortín de los tiempos de la Colonia convertido en corral de puercos, su casa, los perros, y la madre saliendo al camino halada por otras dos viejas para que viese con sus propios ojos dónde su hijo estaba encaramado.

El padrastro, cuando la muerte empezó a borrarle el rostro, lo mandó a buscar. Su madre lo haló por un brazo, igual que le hacían ahora a ella, y lo llevó sin decir nada ante el hombre que nunca más iba a ponerse de pie. Recordaba aquella mirada amarilla como si aún estuviera frente a la palangana llena de escupitajos. El padrastro quiso tenerlo junto a su lecho todo el tiempo para apretarle la mano y hacer las preguntas que siempre hace un moribundo.

Frente a él se extendía el horizonte cargado de promesas; abajo, el caserío de la Cooperativa y las lomas, casi todas las lomas de uno de los municipios ganaderos más importantes del país. Lomas, potreros por donde recordaba haber corrido descalzo. Eran los mismos paisajes con que su padrastro había intentado exorcizar, en el último momento, la frustración. Tendido boca arriba, ahogado, con sus ojos llenos de niebla, dijo que daba gracias a Dios. «He vivido en el interior de los más bellos paisajes». Hablaba casi con un postrer hilo de voz, quizás sólo para que él lo oyera al otro lado de la palangana llena de saliva y sangre.

Entre un aletazo y otro pensó que aquel lugar podía servir para afiche de alguna empresa turística, y tuvo la intuición de que quizás fuera así como el padrastro se hubiera representado la tierra, en el último momento, desde arriba, «mi tierra», porque sólo así habría podido descubrir por primera y última vez lo que tenían de paisaje tantos rincones juntos, y acceder a una visión panorámica de su vida gastada irremediabilmente entre aquellas lomas. El padrastro, apretándole una mano con garras huesudas, frías, le hacía preguntas sobre los animales, las cercas y todas las cosas de afuera de la casa, y él lo entretenía contándole mentiras como si se tratara de un turista ignorante, o como si ya el muy pobre estuviera muerto y sacado del mundo. Con su mano pequeña dentro de las dos manos casi tiasas, sirviendo de guía por un paisaje de un cuento de hadas, diciendo mentiras, al final quizás había librado al viejo del enjambre de miserias e irritaciones que lo atormentaban desde el día en que se arrepintiera de entregar sus tierras para convertirse en un asalariado más dentro de una cooperativa.

«Politiqueros, borrachos...», decía el padrastro cuando aún estaba fuerte, refiriéndose a los demás cooperativistas, mucha gente que ni siquiera había entregado tierras y que después disfrutaban los mismos derechos y hasta se permitían el descaro de cuestionar que la primera casa de mampostería en el batey se la hubiesen dado a él. Pero ya tenía firmados algunos papeles, incluso había ayudado a tumbar las cercas y juntar sus animales con los otros. No podía hacer retroceder el tiempo, lo único que le quedaba era echar maldiciones y morir, mascar tabaco y escupir por los rincones.

De súbito, una mosca se posó en su ojo derecho. Sentir el bulto de patas peludas en el globo del ojo no era lo peor, lo peor venía inmediatamente después, aquel gramo introducía el desastre en su balanza sanguínea. Perdía equilibrio, caía y no podía evitarlo por más que aceleraba las convulsiones en ese lado de su cuerpo. Dejó de bracear una milésima de segundo y le propinó un puñetazo a la mosca, al ojo. Volvió a tomar estabilidad.

Algunas auras planeaban en el fondo del cielo, a cientos de metros por sobre su cabeza. Hermosas, casi imperceptibles, las auras no tenían que esforzarse

para disfrutar del vuelo más elegante entre todas las aves, y se quedó mirándolas con envidia.

Una fuerza más extraña que la fuerza de gravedad lo acercaba de una manera fatal a la tierra. Abajo apareció su madre con una escoba en la mano, halándose los pelos como una loca y gritando y corriendo en círculos por el patio. Debía reunir toda su sangre en las articulaciones de los brazos y de las piernas para no dejar de volar, para no estrellarse. Agitaba manos y pies arriba y abajo. Ya en el batey el escándalo crecía como una hoguera, abrían puertas, ventanas, trepaban a los árboles, corrían de una casa a otra. Aunque no escuchaba más que el vacío del viento a su alrededor, sí podía apreciar el brillo intermitente de las dentaduras, eso le bastaba para sentir hundirse en su carne fofa las expresiones de horror, los gritos, incluso las risas inocentes de los más pequeños. El arriero, en su huida, se había olvidado de las mulas, corría a lo lejos entre los árboles, sólo de vez en cuando volvía la cabeza para poner cara de alma que se lleva el diablo y apurar el paso.

Al reflexionar sobre su estupendo punto de vista que le estaba permitiendo espiar a todo el mundo, y que le mostraba con lujo de detalles la histeria colectiva, no pudo evitar cierta sensación de placer. Fue en ese momento cuando reparó en que no volaba de pie. No viajaba por el cielo como algunos santos de las Biblias ilustradas que ascienden a través de un rayo de luz, sino que estaba estirado boca abajo como un niño asomándose a una cueva de arañas. Su energía vital la empleaba casi exclusivamente en tratar de no caer. El sexo pequeño y retorcido colgaba entre sus piernas, los huevos apenas sobresalían entre la masa de pelos y se movían frenéticamente al ritmo de las patadas y los manotazos, y por allí, precisamente por allí, entre sus muslos, se desprendían unos hilos finísimos de sudor.

En el caserío los vecinos más curiosos iban dividiéndose en grupos para señalarlo y hablar con gran derroche de gestos. Por primera vez sentía que la vergüenza y el ridículo halaban, tiraban de sus tripas. El abdomen pesaba como un saco de piedras calientes, se le doblaba. Sentía que iba a partirse en dos. Golpeó más fuerte el aire. Agitó ambos brazos en círculos. Pedaleó, nadó en el vacío.

Poco a poco iba alejándose del batey y de las primeras pedradas de los chiquillos que empezaban a tomar puntería porque veían el peligro real de perderlo de vista. Ganaba algo de altura. Se iba internando sobre una arboleda. Abajo su madre dejaba de gritar y de correr dentro del patio. Lo último que vio de ella fue una mano abierta transformándose en un puño. Cuando estuvo suficientemente lejos, solo, volando sobre una llanura de hierbas de guinea, comprendió que aquel puño había volcado sorpresivamente un montón de calderos en su interior, en las habitaciones más oscuras de su memoria.

—¡Bien, no salgas jamás de ahí! —vociferó el padrastro. Había empujado una silla de hierro contra la puerta. Podía haber clavado la puerta por afuera o trabado el picaporte, pero no, entonces no intentaba asegurarse de que se cumpliera su mandato, no era eso tan evidente y simple lo que se proponía. Haría valer su superioridad de una manera mucho más refinada: después, por más minutos que él dedicara a intentar no hacer el menor ruido, la silla de

hierro adosada a la puerta de su cuarto produciría inevitablemente un gran chirrido, cuando muerto de hambre saliera en la madrugada como un ladrón a meterse en la cocina y destapar los calderos.

Ni el menor roce de aire se oía en todo el valle. El sol caía a plomo sobre la hierba de guinea, las puntas de las hojas reposaban como dibujadas en un papel. A falta de brisa bienhechora se sentía obligado a ser autosuficiente, depender únicamente de su voluntad, sus brazos y pies. Aquella fricción de la silla de hierro, desbordaba la soledad de la casa y de la noche. «¿Qué tú habías jurado, muchachito...?», inquiría el padrastro desde la otra habitación, su boca llena de picadura de tabaco.

Cuando creció, decidió abandonarlo todo. Las promesas —no salir de su cuarto, ser autosuficiente, dejarse morir de hambre—, decidió romperlas sólo por un apetito de libertad absoluta, una vez y para siempre. El único inconveniente real fue que lo decidió un día tras otro, incontables veces. Raspaba los calderos, vaciaba algún jarro de leche, luego metía unas cuantas ropas en una mochila y se iba. No tomaba ningún camino en específico, sólo se iba de la casa. Echaba a andar por los potreros, por los matorrales y los montes y bajo las estrellas, en busca de nada.

Y, aunque esas veces que se iba, que lo abandonaba todo, en realidad nunca llegaba a aceptar en su mente la idea objetiva de retornar, aunque jamás consintió tal cosa, sucedía después que cualquier noche intentaba colarse por el fondo de su casa para robar comida. Entraba como lo haría cualquier hombre escapado de una cárcel en cualquier otra vivienda, sin lástima, sin condescendencias especiales. Con la única diferencia de que él conocía su casa mejor que a ninguna otra y sabía exactamente a qué hora llegar y dónde registrar para obtener lo que necesitaba. Además, otra ventaja: si algún vecino lo descubriera metiendo una mano por una ventana para abrir la puerta de su propia casa, sería poco probable que decidiese llamar a la policía.

Pero en esas noches el padrastro no cerraba un ojo, se mantenía al acecho detrás de las persianas velando el momento en que él se acercara, y lo dejaba entrar para sorprenderlo con la cabeza y las manos dentro de los calderos, y poder brindarle así la acogida grandilocuente de quien perdona debilidades en alguien inferior. Atrapado en una de esas escenas, únicamente el dolor exagerado y teatral de su madre lo salvaba de un sufrimiento insoportable, cuando daba gracias a Dios por habérselo devuelto vivo. Abrazaba su cabeza llorando y le hacía prometer que pensaría en ella antes de dejarse llevar por alguna idea terrible, gesticulando, bañada en lágrimas, como si hubiera estado a punto de no verlo más.

Tras la desaparición del padrastro, que se había quedado sin pulmones de tanto fumar y estornudar, su madre sintió que ya no había nadie en el otro extremo de la cuerda que él halaba. Imaginó con alivio cómo rodaba por el suelo el viejo candado que había descubierto siempre sobre su pequeña puerta de hijo único. Y salió con él al portal, el día del entierro, y se lo presentó a los demás campesinos, a los compañeros de trabajo del difunto esposo, uno por uno, y hasta lo llevó frente al director de la Cooperativa. «Grande como

su abuelo, ¿verdad?» En la imaginación de ella, él ocupaba aquel puesto dejado en el surco por el viejo. Y a partir de su entrada a la Cooperativa, no sólo lograría que les dieran una ración de autoconsumo normal, dos litros de leche diarios, carne, huevos, tres quintales de arroz y frijoles al año, en vez del miserable subsidio de plátanos con que mitigaban a las viudas, sino que lograría lo principal. Ya, de acuerdo a la ley, sería imposible que algún día los desalojasen bajo la justificación de que la casa era un medio básico propiedad de la colectividad y tenía que vivirla alguien que trabajase la tierra.

Él, sin palabras para corresponder a los consuelos de los campesinos que lloraban sinceramente al viejo amigo, dejó transcurrir todos los trámites con total indiferencia, por no evitarle algunos días de felicidad a su madre, y porque sentía un extraño placer ante aquella visión de sí mismo que ella le devolvía. Hasta que llegó supuestamente el amanecer de su primera jornada laboral. Fue una decepción que recayó sobre su madre, al principio como una salpicadura de agua hirviendo, luego lenta y progresivamente como la revelación de alguna enfermedad. En un último momento se defendió aduciendo que en vez de un trabajo tan duro para sus carnes blandas, lo que lo asustaba era la cotidianidad, porque debía aprender a relacionarse con las demás personas, ponerse a su altura, entablar conversaciones vulgares, alegres, y seguirle la corriente a las bromas y mirar a los ojos. Por lo menos dejaba abierta una esperanza en el corazón materno, así ella sintió un respiro: «Cuestión de hábito», pensó.

La hambruna había penetrado en la casa y andaba a horcajadas sobre la madre que se pasaba el día doblada, abanicando el fogón de leña y hallando la manera de ahorrar al máximo medio litro de leche diario y dos manos de plátano semanales. Ya la desaparición de la Unión Soviética había convertido en prehistoria aquella época en que los cooperativistas podían comprar televisores y refrigeradores y engordar con carne enlatada y pasarse las tardes tomando ron, durmiendo o haciendo chistes bajo los eucaliptos. Eran tiempos difíciles para vivir de la tierra. Por lógica, la Cooperativa tenía que utilizar su escasa cosecha en estimular a familias productivas, no podían gastarse muchas viandas en criar a una viuda y un zángano como él, decía la madre, imitando al presidente de la Cooperativa: «Un gigantón con más de dieciséis años bien aprovechados».

La madre habló un domingo con el arriero, hombre envuelto en canas, mudado para la ciudad, solitario y con inclinaciones por la música y la poesía improvisada. Casi lo convenció de que le enseñara su oficio, se lo llevara y le diese una oportunidad de ganar un salario para llegar a ser alguien. Que lo pusiera en una balanza como la de su corazón, y le hiciera justicia, porque él no estaba hecho para correr detrás de los terneros ni para pasarse el día guindado del cabo de una guataca.

Trajo aquel hombre a la puerta de su cuarto sin avisar, con el objetivo de que lo viera acostado boca abajo sobre la cama, escribiendo en una libreta. Tenía la esperanza de que terminaría por despertar simpatías en una persona de profunda vocación poética. «¡Así está todo el día!», confesó. La revelación del secreto familiar, según ella había planeado, llevaría al viejo conductor de

anos a sentirse cómplice, y lo arrastraría a un sentimiento paternal de responsabilidad. Por el contrario, el arriero, un hombre curtido a la intemperie, agujoneado por la soledad radiante y distraída a merced de los elementos de la naturaleza, se asustó, puso cara de verdadero asco ante un hombre tan gordo y tan blanco, como si no pudiera aceptar en su mente que se escondiese algo semejante en una casa de aquellas lomas donde trabajaba hacía tantos años, dijo adiós y lo dejó a él de espaldas y acostado con un mocho de lápiz entre los dedos.

Nunca el arriero volvió a poner un pie en el interior de su casa. Es más, en lo adelante evitó por completo el trato con su madre. Y la escasez que venían sufriendo desde la muerte del viejo, se vio aumentada por el hecho de que, a partir de aquel día, para adquirir las imprescindibles vituallas que provenían de la ciudad, su madre debía acudir a los vecinos más cercanos y conseguirlas a sobreprecio.

Inflado por el aire caliente de los recuerdos, él miraba las puntas de las guineas y las ramas de los árboles lejanos, en busca de un temblor que delatara la cercanía de alguna corriente de aire. Aquella superficie de hierbas de guinea inmóviles se parecía al mar que sólo había visto en las revistas. Semejante comparación vino a su mente junto con la idea de que se estaba ahogando en un mar invisible y sin fondo. No soplaban el viento. Tenía que bracear más fuerte.

La madre, ante sus ojos, comenzó a envejecer aceleradamente, perdía todas las esperanzas, y por encima del hollín pegado a la ropa aparecieron un sin fin de muecas en su rostro y sus gestos. La pensión malamente alcanzaba para comprar el paquete de pastillas de los nervios y para de vez en cuando variar el tipo de tubérculos con qué preparar el puré insustituible de cada día.

Casi sin darse cuenta, la ausencia del padrastro dentro de la casa se convirtió en una realidad más ostensible que sus antiguos y anchos brazos de agricultor y ganadero. Semejante presencia su madre la fue depositando sobre su lomo de hombre inútil, a la hora de buscar leña para el fogón, a la hora de chapear el patio, cuando pelaba los plátanos en el cajón del fregadero o cuando botaba lejos el saco de la basura. Si el viejo estuviera allí, todo sería distinto. Y su eco entre las paredes era el del viejo. Y el viejo no dejaría nada sin hacer. Y los milímetros cúbicos de oxígeno que respiraba eran indefectiblemente los que pertenecerían en ese mismo instante al viejo. Por fin, terminó convencido de que quizás el padrastro no estaría muerto si él no se mantuviera siempre allí, en un rincón de la casa, engordando a su costa.

Para su madre la desgracia del viejo que se había dejado estrangular por el vicio, ya poco tenía que ver con la Cooperativa, forma superior de producción socialista en que le habían hecho creer para que pasase la propiedad de su finca y de sus vacas al Estado. Para ella, por último, su amargura no estribaba en la humillación de verse obligado a mendigarle siempre unas libras de más a las oficinistas y los ingenieros de la Cooperativa, y que como único pudiera comer carne de res fuera arriesgándose a comprarla de contrabando. Comprársela a los delincuentes, a los chapuceros degolladores de sus propias vacas.

Nada de aquello de lo que siempre el viejo se había arrepentido, estaba en la lista de prioridades de su madre a la hora de maldecir o simplemente llorar, cuando soñaba otra vida. Para ella, la suerte de la familia podría retomar milagrosamente su cauce, sólo si él estuviera a tiempo de regresar a la beca, a la escuela, y completar sus estudios como habían planeado desde el primer fin de semana en que prepararon las maletas y forraron los libros. Por aquel entonces al viejo no se le veía tan amargado con el recuerdo de sus potreros abarrotados de vacas privadas, animales que podía matar a su antojo, vender o cambiar. Entonces se notaba redimido por la ilusión puesta en el muchacho que había criado como un hijo y que marcharía a estudiar lejos, a hacerse hombre bajo la tutela de profesores de la ciudad. Si en última instancia hubiera sido capaz, ya que no de hallar felicidad, al menos de aprender a trabajar en el campo y vivir en los albergues, como ellos habían soñado humildemente, el viejo tal vez nunca se habría puesto un lazo de humo y nicotina en el cuello.

Fuera de sus cabales, atontada entre el humo del fogón y los mosquitos, la madre siempre dudaba si había tomado demasiadas pastillas o si él se las estaba robando. Uno a uno quedaban vacíos los paquetes de pastillas, mientras sus crisis de nervios siempre parecían nuevas, acabaditas de surgir. Tenía la impresión de que el medicamento desaparecía como por arte de magia. Trataba de ocultar mejor cada paquete amarillo en las rendijas de las paredes, entre el techo y el arquitrabe, dentro de los búcaros, pero vivía atormentada por la posibilidad de haber olvidado algún escondite o estar sufriendo el acecho de su hijo. Y él no veía otra forma de ganar estatura ante los ojos de ella, y ante sí mismo, que acumulando algunas píldoras y planeando usarlas de verdad, a veces, tomarlas todas. Cuando ella no podía disimular el miedo de que él tuviera posesión de pastillas suficientes como para dormir a un toro, entonces a él le era difícil también disimular su poquito de orgullo.

Necesitaba un empujón, una corriente de aire fresco. Había oído decir que en las mayores alturas, desde donde las auras buscaban con visión microscópica sus repugnantes bocados, allá arriba, existían corrientes de aire tan rápidas y densas que cualquiera podía flotar y girar eternamente. Se preguntó si sería capaz de llegar hasta aquellas brisas perpetuas, y si después aún tendría fuerzas para dedicarse a planear por el resto de su vida. Un plantón de hierba de guinea tembló, removido desde la raíz. Esperó con ilusión el debut del viento contra su cuerpo. Pero el viento no rozaba sus brazos cansados ni sus mejillas hinchadas. No recibía ni la ayuda de un insignificante hilo de aire, mientras debajo de él aquellas hierbas se seguían estremeciendo. La curiosidad incrementó su sensación de agobio, empezó a dejarse caer lenta, cuidadosamente, acercándose de frente y vertical al movimiento de las hierbas. «Un pájaro hambriento que va a chupar una flor pisoteada», pensó, y la idea de un zunzún de más de doscientas libras le hizo gracia. Los labios se le crisparon en una forma parecida a una sonrisa. Acercándose a la tierra tenía que mover sus brazos a mayor velocidad. Las hierbas dejaron de vibrar en su nariz, súbitamente, y se apartaron. Frente a él asomó la cabeza negra y redonda de un toro.

El animal se había quedado con la boca abierta, babeando clorofila, pasmado del susto, y él quería volver atrás, salir, escapar cuanto antes por donde mismo había venido.

Enseguida el toro se sobrepuso al pavor, lo olfateó, lo revisó con extraña familiaridad, como si intentara adaptarse a la idea de que también podía existir un buey que volara.

Él se cuidaba de no producir giros bruscos y al mismo tiempo de batir sus alas falsas dos, tres, cuatro veces más rápido.

La bestia se enfurecía y, con los ojos botados, encajaba las pezuñas en la tierra.

Sus piernas colgaban sin remedio. Aterrado, no podía coordinar bien sus movimientos, arañaba, pateaba atrapado en un remolino de vacíos.

De pronto, el toro le lanzó una mordida a las plantas de los pies. Esquivó desesperadamente el golpe y aceleró.

El toro comenzó a lanzar dentelladas a diestra y siniestra con los ojos cerrados.

Encogía las piernas, daba brincos y volteretas en el vacío para salvarse siempre en el último instante. Mientras más centímetros lograba ascender, más rabiosa se volvía la bestia, rugía, ya no apretaba los ojos al intentar morderle los pies, tomaba impulso y daba saltos con la boca y los ojos abiertos.

Aparecieron otros toros. Salían de los grandes plantones de hierba y de atrás de las matas de marabú, resoplando, atraídos por el escándalo. Aprovechaban el impulso de sus carreras y, al llegar, saltaban, todos al mismo tiempo, hocicos entre las piernas, largos cuernos delante.

Él ascendía muy despacio, aunque había logrado retomar su posición horizontal, tenía la sensación de que se partía por la mitad cuando dos cuernos estaban a punto de ensartarlo por el ombligo, pero tomaba aire y encogía su estómago siempre con miedo a respirar por última vez.

Descubrió una ceiba a pocos metros, hacia allá cambió el rumbo seguido por la manada de toros que se abalanzaban y caían unos sobre otros. Posó, se derrumbó directamente sobre la copa de la ceiba, un gajo seco. Envolvió el gajo con todas sus uñas. Los músculos temblaban descontroladamente, manos y pies resbalaban debido al sudor, y parecía que el árbol entero se arqueaba bajo su peso.

Corrieron los toros a unirse debajo de la ceiba, bufando. Mordían la cáscara del tronco y las ramas más bajas. Por fin uno de los líderes de la manada se decidió a probar, tomó buena distancia, vino corriendo a toda velocidad y saltó sobre los gajos.

Estuvo esperando hasta el último instante para desprenderse del árbol. Sólo abrió las manos cuando no le quedaba más remedio, como si aquella cáscara vegetal fuera su propia vida, su última partícula de aliento y de razón. Ya otra vez en el vacío, braceando, creía que había dejado las manos y los pies prendidos al árbol, que se le había olvidado cómo volar o que nunca había volado.

Algo denso y caliente vino a enredarse entre sus piernas, algo que lo hizo mirar a la tierra con los ojos fuera de sus órbitas, acorralado, intentando disfrutar la absurda libertad de escoger el sitio exacto de su caída. Primero fue la

impresión de que perdía fuerzas, se le cerraban los ojos. Después sintió un estremecimiento que lo devolvió a la realidad de su cuerpo tenso y adolorido.

Abrió, alzó los ojos. Sobre él se extendía un mar de hierbas. La hierba de guinea crecía junta, compacta.

Pensó que hubiera estado dormido profundamente entre la hierba, fue su pensamiento un relámpago, breve y electrizante: quizás llevaba demasiado tiempo fuera de casa. Hora de regresar. Poco a poco identificó un ruido a lo lejos, golpes, pisadas en la tierra, el corazón quería salirsele. Hierbas partidas. Una multitud lo buscaba.

A su alrededor temblaban las puntas de las hojas al paso de los toros. Abrieron surcos en la hierba, guiándose por el olfato.

De una de sus rodillas nacía un ardor insoportable que subía por sus venas hasta hacerse un nudo debajo de sus costillas. Un toro dio un gran salto a lo lejos y lo descubrió, luego echó a correr en línea recta hacia donde él estaba.

Tuvo ganas de llorar, se arrojó de cara a la tierra sobre rodillas y manos. Adoptaba una posición lo más natural posible, respiración lenta, ojos botados, atención clavada en un punto invisible, sin demostrar ánimo, sin ver, sin prestar atención. La rodilla apretada contra la tierra dejó de sangrar.

El toro llegó a su lado con la fuerza de una bala de cañón. Clavó las pezuñas en la tierra, salpicándolo con la espuma caliente que salía de su boca.

El animal observaba su obesidad contrariado, indeciso, vibraba de rencor. Él fingía que no soportaba la luz directa del sol, ensanchaba las ventanas de su nariz y buscaba y olía. Cuando encontró supuestamente la parte más tierna de las hierbas, mordió de medio lado, sin prisa.

Otros toros que seguían llegando formaban círculo a su alrededor y movían las cabezas a un lado y a otro, confusos y coléricos. Pero la violencia desaparecía de sus caras redondas a medida que lo descubrían allí, en el centro del grupo, cómo masticaba, cómo tragaba pelotas de hierba y saliva. Iban los toros perdiendo interés. Bajaban las cabezas. Hasta que empezaron a darle la espalda y, por último, se dispersaron.

Sintió frío. Estiró el cuello entre los tallos para hundir sus ojos en una grieta fuera del alcance de las demás miradas. Entonces comprobó que con sus casi trescientas libras quizás nunca podría contener la nostalgia por las caricias y el llanto dulce de su madre. Apretó los párpados. Trató de no pensar en la rodilla. Un toro vino a su lado y se puso a comer de su mismo plantón de hierba.